

# EL VIAJE COMO FORMACIÓN: EJEMPLOS DE LA LITERATURA EUROPEA DEL SIGLO XVIII

*The trip as formation:  
examples from the European literature  
of the 18<sup>th</sup> century*

Nicolás BAS MARTÍN  
*Universidad Jaume I de Castellón*

Recepción: 16 de noviembre de 2009. Envío a informantes: 14 de enero de 2010.

Fecha de aceptación definitiva: 24 de marzo de 2010

Bibliid. [0212-0267 (2011) 30; 129-143]

RESUMEN: La importancia que la literatura de viajes adquirió en el siglo XVIII es una de las razones que nos han llevado a indagar en la faceta instructiva que estas obras tuvieron en la sociedad del momento. Adoptando la premisa de «viajar para saber», el viaje se convirtió no sólo en un ejercicio de formación individual, sino en un instrumento de formación e información de primera magnitud. Gobiernos, instituciones e individuos hicieron de los viajes unas de sus fuentes de información más importantes. Expediciones que fueron llevadas pronto a la imprenta, completando el carácter pedagógico y didáctico de las mismas, al ir acompañadas de grabados de lugares, hombres y costumbres nunca hasta ahora conocidas. Con ese fin, de instruirse para instruir, recorremos algunas de las obras emblemáticas de la literatura de viajes de la Ilustración.

PALABRAS CLAVE: Viajes, formación, Ilustración, Cavanilles, Juan Bautista Muñoz.

ABSTRACT: The importance that the literature of trips acquired in the 18<sup>th</sup> century is one of the reasons that they have led us to investigating in the instructive facet that these works had in the society of the moment. Adopting the premise of «travelling to know», the trip turned not only into an exercise of individual formation but into an instrument of formation and information of the first magnitude. Governments, institutions and individuals did of the trips some of his more important sources of information. Expeditions that were taken soon to the press, completing

the pedagogic and didactic character of the same ones, on never having been accompanied of engravings places, men and customs till now known. This end, of learning to instruct, we cross some of the emblematic works of the literature of trips of the Enlightenment.

KEY WORDS: Trip, formation, Enlightenment, Cavanilles, Juan Bautista Muñoz.

Travel, in the younger sort, is a part of education, in the elder, a part of experience.

Francis Bacon. *Of Travel*, 1615.

[Libros de viajes]

¿Qué oímos en esas conferencias y qué leemos en esos libros? La lista de las cajas que se llevaban, las fechorías del perrito de a bordo y, mezcladas con las anécdotas, migajas insípidas de información que deambulan por todos los manuales desde hace un siglo, y que una dosis de desvergüenza poco común —pero en justa relación con la ingenuidad e ignorancia de los consumidores— no titubea en presentar como un testimonio, ¡qué digo!, como un descubrimiento original.

Claude Lévi-Strauss. *Tristes trópicos*, 1988.

EL TRABAJO QUE AQUÍ PRESENTAMOS SE INSCRIBE y quiere ser una aportación inicial más al estudio de un tema de interés. Viajar como modo de aprender, la utilización del valor formativo de los libros de viaje como elemento instructivo, ha sido una cuestión presente en el devenir histórico de las preocupaciones educativas. El llamado *voyage connaisseur* ha contado con algunas aportaciones en el campo de la Historia de la Educación. Primero en 1984, y más tarde en 2005 y 2006 los profesores Conrad Vilanou y María José Rebollo se han acercado a la manifestación y análisis de esta perspectiva<sup>1</sup> en la que ahora abundamos desde otro punto de consideración.

La elección de los autores responde a una lógica, de una parte, presentar la visión de los autores españoles, caso de Cavanilles y Juan Bautista Muñoz; y de otra, la de los extranjeros, como Barthélemy y Hawkesworth. Además, se trata de mostrar dos facetas del género viajero: la de los autores que hicieron del viaje un *modus vivendi* (Cavanilles y Barthélemy), y que publicaron libros de viajes con un marcado sentido reformista y pedagógico; y la de los llamados viajeros de pupitre (Muñoz, Hawkesworth), que hicieron de los libros de viajes una de sus principales fuentes documentales.

<sup>1</sup> VILANOU TORRANO, C.: «A propósito del “Método Apodémico de viajar, o Itinerario en que se contiene el modo de hacer con utilidad los viajes a las Cortes extranjeras”», en *Educación e ilustración en España*. III Coloquio de Historia de la Educación, Universidad de Barcelona, pp. 203-211; REBOLLO, M.<sup>a</sup> José: «Los viajes, instrumento de difusión de las luces», en GÓMEZ GARCÍA, M.<sup>a</sup> Nieves: *Leciones de Historia de la Educación*, Sevilla, Alfar, 2005, pp. 147-188; REBOLLO, M.<sup>a</sup> José: «Viajar, contar, aprender: los relatos de viajes como fuentes literarias para la Historia de la Educación», en *La literatura y la Educación. Perspectivas históricas*. VI Encuentro Ibérico de Historia de la Educación, Sevilla, Cajasol, 2006, pp. 233-260.

## 1. El viaje como formación: el caso del botánico Cavanilles

Viajes, viajeros y libros de viajes. Una fórmula que podemos aplicar desde la llamada *Peregrinatio academica*, que llevó a los intelectuales de la Edad Media a recorrer toda Europa en busca del saber y del conocimiento, hasta llegar al llamado *Grand tour*, que implicó especialmente a la nobleza del siglo XVIII, ansiosa de formar a sus vástagos en las principales capitales europeas, como París y Roma.

No en vano los viajes, la lectura y la historia han constituido las formas más comunes del saber, de apreciar lo diferente, de valorar lo extraño, de aventurarse por lo desconocido<sup>2</sup>. Michel de Certeau concebía al lector como un viajero que transita por tierras ajenas, como un nómada que atraviesa campos que él no ha roturado, haciendo acopio de bienes de los que se servirá para su propio beneficio<sup>3</sup>.

Metáfora que bien podemos aplicar a esa inquietud por lo diferente y lo nuevo que impregnó parte de la literatura del siglo XVIII. Una centuria en la que el viaje y los libros de viajes potenciaron de forma evidente la lectura y, cómo no, el interés por la historia. En especial por aquellos países lejanos y exóticos, tan diferentes a los conocidos, y tan cercanos ahora gracias a las narraciones de viajes.

Por supuesto siempre se había viajado, si bien nunca con la intensidad y variedad como durante la Ilustración. Las razones que motivaron estos viajes fueron múltiples, aunque podemos señalar algunas: las estratégicas, que tenían que ver con la política exterior; las científicas, que dieron lugar a una intensa campaña de expediciones científicas; o las formativas, entre las que se encontraba el citado «Grand Tour», que llevó a una parte importante de la nobleza europea, entre la que no estaba la española, a formarse por las más importantes capitales europeas, todo ello bajo la supervisión de sabios tutores.

De todo ello se deriva el considerar el adjetivo «viajado» como sinónimo de «educado». Ahora bien, la formación del individuo durante el siglo XVIII tenía en el viaje uno de sus instrumentos más importantes, pero no el único; otra alternativa, señalada por algunos autores del momento, era el «viaje a través de los libros». Henry Fielding, en su obra *Joseph Andrews*, manifiesta que esta forma de viajar es la más auténtica y resulta más instructiva que el viaje real<sup>4</sup>.

Un binomio, viajes y formación, que ya señalaba Voltaire cuando hablaba de «instruirse para instruir», en especial al hablar de los viajes. Un género que él cultivó con enorme pasión, pues a su gran experiencia viajera se unió la narración de relatos tan importantes como *Viaje del barón de Gangán*, texto perdido, arquetipo de *Micromegas* (1752), o el célebre *Cándido* (1759), entre otros.

Así pues, la instrucción asociada al viaje no vino únicamente del viaje real, sino del viaje transmitido a través del libro. Una situación que podemos ver en algunos casos, como el viaje del botánico valenciano Antonio José Cavanilles a París; o el viaje imaginario del historiador valenciano Juan Bautista Muñoz, que hizo del género de viajes una de las fuentes intelectuales más importantes para la elaboración de sus obras americanas.

<sup>2</sup> CHARTIER, Roger: *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

<sup>3</sup> SERNA, Justo y PONS, Anacleto: «Los viajes interiores. Las bibliotecas burguesas de la Valencia del ochocientos», en *Viajar para saber. Movilidad y comunicación en las universidades europeas*, Valencia, Universitat de Valencia, 2004, pp. 267-299.

<sup>4</sup> SIMON SCHUHMACHER, Lioba: «El viaje con finalidad educativa: ejemplos de la literatura europea de la Ilustración», *Cuadernos de Estudios del siglo XVIII*, n. 3 y 4 (1993-1994), p. 115.

En el caso de Cavanilles encontramos dos realidades asociadas, la del viaje y la de los libros de viajes. La primera circunstancia le llevó en el verano de 1777 a acompañar a los duques del Infantado a París, como preceptor de sus hijos. Una labor que le permitió formarse en la ciencia botánica junto a los principales especialistas en la materia. Tarea que compaginó con sus frecuentes incursiones en el mundo de los libreros, editores e impresores parisinos, y que le permitió conocer a impresores de la talla de François Ambroise Didot, que imprimió algunas de las obras del valenciano; o a los libreros Prevost o Jean Baptiste Fournier, que suministraron de abundantes libros al botánico.

Entre estos libros destacaron de forma notable los libros de viajes<sup>5</sup>. Obras que sirvieron para la instrucción del propio Cavanilles, pues a su regreso a España en 1789 recibió el encargo de recorrer el territorio valenciano, dejándonos su famoso relato de viajes, las *Observaciones* (1795-1797). De igual manera esta extensa nómina de autores de viajes, más de cincuenta, sirvió para la formación de una destacada lista de ilustrados y nobles españoles, como los mencionados duques del Infantado, el marqués de Santa Cruz, el duque de Aliaga, el conde de Teva, el conde de Carlet, el conde y la condesa de Fernán Núñez, el marqués de Villafranca; e ilustrados como Francisco Pérez Bayer, Vicente Blasco y Juan Bautista Muñoz, entre otros.

Más que los lectores nos interesa ahora conocer a los autores y libros de viajes que sirvieron para la formación de una parte importante de la intelectualidad española. Algunos de éstos eran grandes viajeros, diplomáticos; otros apenas habían salido de España, con lo cual los libros de viajes se convirtieron en una herramienta fundamental para ampliar su espectro intelectual. Además, y como era lógico, la mayoría de relatos hacían referencia a tierras ignotas, casi desconocidas; por su parte, los viajes a Europa no tuvieron el mismo interés, como así lo atestiguan los libros enviados por Cavanilles.

Entre los viajes exóticos destacaron las obras relativas a Asia, Siria, Turquía y las tierras de la antigua Mesopotamia; seguidos de los viajes a África, casi monopolizados por el periplo napoleónico en Egipto; y los viajes por Grecia, Yugoslavia y los territorios americanos. Por su parte, las narraciones de viajes por Europa quedaron reducidas a unas pocas obras, entre ellas las de Arthur Young y sus viajes por Inglaterra, Irlanda y Francia.

En todos ellos prevaleció la premisa de «viajar para saber», inquietud que movilizó a nuestros intrépidos viajeros a salvar miles de kilómetros, padecer penurias y soportar incómodos transportes y atrasadas vías de comunicación. Todo ello con un único fin, conocer lo desconocido, instruirse y finalmente, y no por ello menos importante, difundirlo. Era este compromiso personal por la difusión del conocimiento el que motivó algunos de los viajes europeos más importantes<sup>6</sup>. Para ello, el acto de viajar llevaba implícito el acto de leer y de escribir, lo que explica que los viajes tuvieran su origen en una lectura o un libro leído. Lecturas que continuaba el viajero durante su periplo y que anotaba en su diario, que finalmente daría lugar

<sup>5</sup> BAS MARTÍN, Nicolás: «La *Bibliothèque portative du voyageur*: sobre libros de viajes en la estancia parisina de Cavanilles», en SOLER PASCUAL, Emilio y BAS MARTÍN, Nicolás (coords.): *Placer e instrucción. Viajeros valencianos por el siglo XVIII*, Valencia, Universidad de Alicante-Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia, 2008, pp. 141-162.

<sup>6</sup> HAFID-MARTÍN, Nicole: *Voyage et connaissance au tournant des Lumières (1780-1820)*, Oxford, Voltaire Foundation, 1995. Véase el capítulo sobre «Voyage et engagement», pp. 76-101.

a un libro a su regreso. Los viajeros viajaban escribiendo al tiempo que escribían y dejaban constancia de lo visto<sup>7</sup>.

Así, entre los libros de viajes leídos y enviados por Cavanilles encontramos a valerosos viajeros como el caballero Laurent d'Arvieux, que recorrió tierras de Siria, Palestina, Arabia y Turquía, con el objeto de estudiar las lenguas e historia de los pueblos del Levante. Sus conocimientos sobre los turcos fueron utilizados entre otros por Molière para la elaboración de su comedia crítica *Bourgeois gentilhomme*. Algunos de sus viajes, entre ellos sus *Memoires*, fueron recopilados por el padre dominico Jean-Baptiste Labat<sup>8</sup>, botánico y explorador, que colaboró en la obra botánica de Charles Plumier en las Antillas, y cuyos libros poseía Cavanilles en su biblioteca.

Señalaba el padre Labat en su Prefacio a la obra de Arvieux que la máxima de un buen viajero que daba su relación al público era presentar una imagen lo más nítida y verídica posible de lo observado, citando siempre las fuentes originales.

Tendencia ésta que observamos en la magnífica *Relation*<sup>9</sup> de las campañas de Napoleón Bonaparte narradas por el que fue persona de su máxima confianza, el jefe del Estado Mayor del ejército francés en la campaña de Egipto, el mariscal Louis Alexandre Berthier, que consideraba la obra del conde de Volney como la mejor guía para los franceses en Egipto. Visión que se podía completar con el estudio del Alto Egipto a través de la obra de Dominique Vivant Denon.

Lo cierto es que cualquier viajero que se preciara debía conocer las obras que se habían escrito sobre el territorio que iba a transitar. Una costumbre visible en la mayoría de libros de viajes, donde las referencias bibliográficas permitían al lector ampliar sus conocimientos y contrastar lo observado. Todo ello enriquecía el relato al tiempo que permitía ampliar los conocimientos sobre aquellos lugares. La formación constante era un requisito indispensable de cualquier viajero.

De esta manera, la visión que sobre Egipto se transmitió en España gracias a los envíos de Cavanilles combinaba el racionalismo del conde de Volney, con el espíritu más libertino del escritor Denon, que ejemplificaba la fascinación que la civilización egipcia había producido en las campañas francesas. Atracción que los lectores podían vivir casi en primera persona a través de los magníficos grabados calcográficos que acompañaban a algunas de estas obras. De ahí el carácter educativo que tuvieron estas ilustraciones, que contribuyeron de forma notable a una mejor retención por parte de los lectores de estos relatos. En el caso de Volney, fue el pintor Louis François Cassas el que ilustró algunas de sus narraciones.

Catalogado como uno de los mejores itinerarios exóticos figura por méritos propios el relato del viajero inglés William George Browne por tierras del interior de África y Egipto, y que nos remonta a las *Letras persas* de Montesquieu y el *Zaire* de Voltaire.

<sup>7</sup> DUBOIS, Philippe: «Le voyage et le livre», en *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétorique du monde*, Paris, Presses de l'École Normale Supérieure, 1981, p. 158.

<sup>8</sup> Es autor entre otros de unos *Voyages en Espagne et en Italie*, Paris, Chez Jean-Baptiste Delespine et Charles J. B. Delespine, 1730. Obra de la que, como señala en el Prefacio, se hizo una tirada de 10.000 ejemplares. Se puede consultar el original en la URL del portal Gallica: <http://gallica2.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1061831.modeAffichageimage.r=atlas+g%C3%A9ographique.fi.langES>.

<sup>9</sup> Se puede consultar el original en Gallica: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k44270g/f8.chemindefer>.

Un afán por el exotismo que dominó todo el siglo XVIII y que llevó a desplegar una intensa campaña de expediciones científicas. En ellas participaron importantes naturalistas y botánicos, que, además de dejarnos importantes colecciones, nos deleitaron con bellas narraciones literarias donde explicaban sus descubrimientos. Entre ellas encontramos los escritos del explorador francés François Levillant, cuyos *Voyages* al interior de África fueron traducidos a distintas lenguas, y en los que recogía sus dos viajes realizados por el territorio de Sudáfrica. Igualmente fueron objeto de interés en España las obras del explorador y botánico francés Jean Louis Marie Poiret, enviado a Argelia por Luis XIV para estudiar su flora.

Entre las expediciones más notables figuran todas aquellas que tenían que ver con la ciencia botánica. Una disciplina que alcanzó notables cotas de desarrollo durante la Ilustración y para la que el descubrimiento de nuevas geografías, en especial la americana y la africana, abrió nuevos horizontes. Entre algunas de estas obras encontramos los magníficos trabajos del presidente de la Royal Society de Londres, Sir Hans Sloane, que realizó diversos viajes científicos, entre ellos el que le llevó a Barbados y Jamaica, y en los que recolectó numerosas especies de moluscos, plantas, peces, insectos y animales, algunos de los cuales formaron parte del recién fundado Museo Británico.

No en vano, los principales museos europeos se iban a nutrir de estas expediciones. Colecciones que adquirieron carta de naturaleza durante el siglo XIX y que sirvieron como modelos de enseñanza de la nueva sociedad industrializada. Una sociedad que hundía sus raíces en el siglo XVIII, en la que destacó el interés antropológico por conocer los orígenes lingüísticos, las costumbres y modos de vida de las regiones europeas menos exploradas. En este sentido destacaron los viajes realizados a regiones como Dalmacia por el historiador naturalista y filósofo italiano Alberto Fortis, que, influenciado por Rousseau, nos ofrece una visión antropológica de los pueblos eslavos del este de Europa.

Al hablar de los viajes por Europa es necesario referirse a uno de los observadores más agudos del momento, el escritor inglés Arthur Young, del que Cavanielles poseía toda su obra. Entre ellas la obra en dieciocho volúmenes *Le cultivateur anglois*, que recoge, entre otros, sus periplos por Francia durante los años de 1787 a 1790. Obra que fue mandada traducir por el Directorio en 1800, dado el rigor de su relato, especialmente en lo referente al mundo agrícola y social.

En su viaje por Francia, Young tuvo la oportunidad de pasar por París durante los años más convulsos, los anteriores a la Revolución Francesa. De sus rigurosas y acertadas descripciones destacamos las relativas al mercado de novedades literarias que se concentraban en torno al Palacio Real, donde los rumores y panfletos dominaban por aquellos años.

Les affaires qui se font à present chez les marchands de nouveautés sont incroyables. J'allai au Palais-Royal pour voir ce qu'il y avoit de nouveau, et pour me procurer un Catalogue de livres. Chaque moment produit une brochure nouvelle; il en a paru treize aujourd'hui, seize hier, et quatre-vingt-douze la semaine dernière<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> YOUNG, Arthur: *Voyages en France, pendant les années 1787-88-89 et 90, entrepris plus particulièrement pour s'assurer de l'état de l'agriculture, des richesses, des ressources et de la prospérité de cette nation*, À Paris, chez Buisson, v. I, p. 330.

Un compendio de algunos de los viajes y lugares mencionados los podemos encontrar en la obra del poeta y autor dramático Jean-François de la Harpe *Abrégé de l'Histoire générale des voyages*. Amigo de los principales *philosophes*, en especial de Voltaire, al que dedicará uno de sus escritos, su producción literaria sobre viajes se centró en la continuación que hizo de la célebre relación de viajes del abad Prevost, y que recoge viajes por todo el mundo divididos en cuatro partes: viajes por África, Asia, América y por los Polos.

## 2. El *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*: un instrumento pedagógico en la Francia del siglo XVIII

Entre mito y realidad, los libros de viajes se apropiaron de elementos propios de la literatura de ficción para dar a conocer culturas poco conocidas. Uno de los ejemplos más interesantes lo podemos encontrar en el célebre *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*<sup>11</sup>. Un relato imaginario que nos traslada a la Grecia del siglo IV a. de C. de la mano de un también imaginario Anacarsis. Obra del abate Jean-Jacques Barthélemy que, al igual que Cavanilles, se convirtió en preceptor y guía intelectual de una destacada familia de la nobleza francesa, el duque y la duquesa de Choiseul.

Uno de los objetivos básicos de Barthélemy fue vulgarizar el saber de cara a sus lectores, acercar la Grecia antigua a los no «iniciados» en un intento de solventar la dificultad de los lectores en acceder a los libros.

Il instruit l'homme oisif en l'amusant, et l'homme occupé en lui procurant une agreeable distraction: il instruit meme les savants, soit en leur apprenat des choses qui leur étoient échappées dans leurs etudes, soit en leur rappelant ce qui avoit fui de leur mémoire, soit en leur montrant certains objets sous de nouvelles faces [...]<sup>12</sup>.

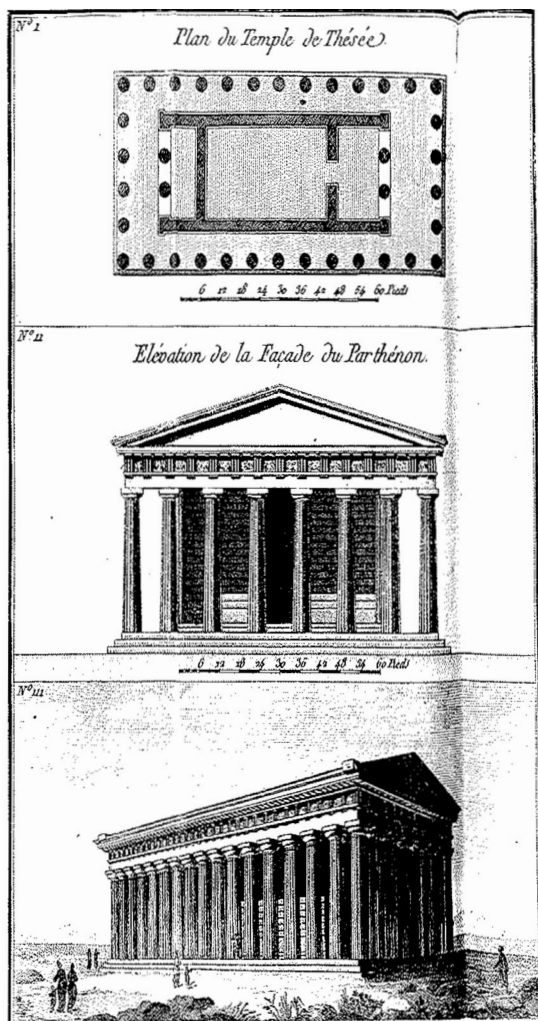
Proceso de aprendizaje en el que el autor se formaba a sí mismo al tiempo que informaba a sus lectores. Una reciprocidad intelectual que constituía la esencia de cualquier viaje, la del perfecto diálogo entre autor y lector<sup>13</sup>. En este caso un diálogo acerca de la Grecia antigua, un tema que gozó de gran éxito editorial en la Francia de mediados del siglo XVIII, como así lo atestiguan las numerosas ediciones<sup>14</sup>. Este helenismo tuvo en la literatura de viajes una fuente de referencia indiscutible. El viaje se convirtió en una llamada a la reflexión histórica, en una fuente de conocimiento que debía complementar al hombre de ciencia o al *philosophe* de gabinete. No en vano, el viaje real era la ocasión idónea para una verificación, sino de toda, al menos de una parte de la filosofía del siglo de las Luces.

<sup>11</sup> Hemos consultado el original, publicado en París en 1792, existente en la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia.

<sup>12</sup> A partir de ahora tomamos como fuente de referencia la obra inédita de DÍEZ ABAD, Gloria: *Claves para una lectura del Voyage du Jeune Anacharsis en Grèce, de Jean-Jacques Barthélemy*, Tesis Doctoral defendida el 29 de septiembre de 2004 en la Universidad de Burgos, p. 526.

<sup>13</sup> DÍEZ ABAD, Gloria: «El *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*. Fronteras en el espacio y el tiempo», en INARREA, Ignacio (coord.): *El texto como encrucijada: estudios franceses y francófonos*, vol. 2, 2003, pp. 59-70.

<sup>14</sup> DÍEZ ABAD, Gloria: *Claves, op. cit.* Véanse las páginas 330 a 335 sobre «Viajes a Grecia».



La experiencia del viajero, como ahora la del abate Barthè- lemy, desde el momento en que se transformaba en relato, pre- tendía revelarse como social- mente útil, adquiriendo un valor instructivo para aquellos que no habían tenido la posibilidad de realizar el viaje<sup>15</sup>. Un concepto de utilidad e instrucción que debía ir precedido de una docu- mentación previa por parte del viajero, de manera que le permiti- era sacar el máximo provecho del lugar que visitaba<sup>16</sup>.

De esta manera el viaje se convertía en un esfuerzo para reencontrar el pasado y alejarse del presente, todo ello acompa- ñado de acertadas narraciones y no menos interesantes grabados. En este caso, veintisiete plan- chas calcográficas que incluían mapas, planos, medallas y pano- rámicas de Grecia, que venían a enriquecer los relatos del *Voya- ge d'Anacharsis*. Información gráfica que iba acompañada del soporte documental de las diez «Tables» que proporcionaban al lector interesado una informa- ción más detallada de algunos puntos que se abordaban en la obra. A todo ello se añadía un *Index de auteurs et des éditions cités dans cet ouvrage* en el que

se recogían más de cuatrocientos autores con sus respectivas obras.

Razones más que suficientes para explicar el enorme éxito de que gozó la obra, que evocaba la grandeza cívica, artística y democrática de la Grecia clásica que se pretendía imitar. Y cómo no, y así lo recoge el abate Barthélemy en varios capítu- los, el modelo educativo que existió en Grecia y Esparta. Una instrucción que mejoraba el cuerpo y el alma, y que se iniciaba desde la más tierna infancia hasta la edad de veinte años. En definitiva, una nueva Grecia que se pretendía imitar y suplantar en el París del siglo XVIII, que acogió con enorme interés esta grecoma- nía y erudición filológico-anticuaria.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 312.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 355-367. Cap. III. «Fuentes».



De esta manera, el *Voyage* se convertirá en «un instrument pédagogique agréable pour l'enseigner sans peine l'histoire, la géographie, le civisme et le patriotisme». Así, los numerosos compendios y *abrégés* que se editaron de la obra se utilizaron en las escuelas a modo de manual elemental en el que el pretexto del viaje permitió a los más jóvenes iniciarse en estas disciplinas<sup>17</sup>.

### 3. La literatura de viajes como fuente documental: el caso de Juan Bautista Muñoz

Frente a los viajes de los abades Cavanilles y Barthélemy se sitúan los llamados viajeros «en librairie». Entre estos últimos podemos destacar al valenciano Juan Bautista Muñoz, historiador y cosmógrafo, que viajó en el tiempo y no en el espacio, dejándonos una Historia de América inacabada, la *Historia del Nuevo Mundo* (1793) y la fundación del Archivo General de Indias de Sevilla. Ingentes empresas para las que Muñoz tuvo que formarse entre otras en la literatura de viajes, un género que cultivó con pasión, y del que su compatriota Cavanilles le ayudó a cultivar, al hacerle llegar numerosos ejemplares durante su estancia en París.

Ciertamente la formación americana de Muñoz, al igual que otros grandes historiadores de América coetáneos, caso de Raynal y Robertson, no venía de sus viajes por aquellos territorios, sino de la formación autodidacta a través de los libros. Estos viajeros de chimenea o *fireside travellers* hicieron de los relatos de viajes una fuente documental de primer orden para argumentar gran parte de sus obras<sup>18</sup>. Y en el caso de Muñoz para redactar unos inéditos *Apuntamientos* que recogían los viajes realizados por los españoles desde 1685 hasta 1775 en lugares como las Malvinas, el Estrecho de Magallanes, Chile, California, Sonora, Guatemala y Brasil, por citar algunos lugares<sup>19</sup>.

Pero nos interesa más la formación que Muñoz adquirió del género de la literatura de viajes a partir de los sucesivos Informes que se le encomendaron sobre navegación marítima, y que presentó ante el Consejo de Indias<sup>20</sup>. Entre ellos, y uno de los más destacados, el relativo a la navegación del Mar del Sur, nutrido de abundantes referencias a libros de viajes de todas las nacionalidades.

Una larga nómina de libros de viajes, si bien nos detendremos especialmente en dos de ellos, los viajes de Jorge Juan y la recopilación de viajes de John Hawkesworth, pues contribuyeron a instruir y dar a conocer a la sociedad europea

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 527.

<sup>18</sup> BAS MARTÍN, Nicolás: «Los repertorios de libros de viajes como fuente documental», *Anales de Documentación*, n.º 10 (2007), pp. 9-16.

<sup>19</sup> RAH [Archivo de la Real Academia de la Historia]. Tomo 23 de la *Colección Juan Bautista Muñoz*: Doc. 188. *Apuntamientos y borradores de don Juan Bautista Muñoz sobre varios viajes realizados desde 1685 hasta 1775. Comprende viajes a las Malvinas, Estrecho de Magallanes, Chiloe, California, Sonora, Guatemala y Brasil*.

<sup>20</sup> BAS MARTÍN, Nicolás: *Razón de Estado en Juan Bautista Muñoz: sobre la defensa del «lago español» en el siglo XVIII*. Conferencia dictada en el Instituto Cervantes de Bruselas el día 7 de octubre de 2009 [en prensa].

nuevos hallazgos científicos, así como nuevos derroteros y costumbres hasta ahora desconocidas en la Europa del momento.

La obra del marino alicantino Jorge Juan se inserta plenamente en las polémicas científicas acerca de la forma de la Tierra que adquirieron gran notoriedad en el siglo XVIII. La defensa del copernicanismo y de las teorías de Newton seguía siendo objeto de censura en España, como podemos observar en la introducción a las *Observaciones Astronómicas* (1748) del propio Jorge Juan, donde se manifiesta una tímida defensa de dichas teorías, de las que el autor se consideraba profundamente deudor.

Unas teorías que comenzaron a ser certificadas especialmente por la ciencia francesa, con individuos como Maupertuis, Voltaire y su amante Madame du Châtelet, traductora de la obra de Newton, así como por las expediciones científicas realizadas en Laponia. En todas ellas, el viaje científico se convirtió en tema de moda entre las élites ilustradas. El «viaje», el encuentro con «el otro», empezó a ser detonante de sabias reflexiones sobre la identidad propia.

Con este fin se inició la expedición hispanofrancesa al Reino de Quito. Un viaje que tenía por objeto poner a punto los métodos y recursos prácticos de la astronomía y la geografía, dejándonos sabias descripciones de la cultura y economía de aquellas regiones. La medición de los grados del meridiano escondía un programa mucho más ambicioso tendente a conocer mejor la navegación atlántica y la geografía colonial, razón por la cual el Gobierno español ordenó a sus científicos Jorge Juan y Antonio de Ulloa:

Que levantaran planos de las ciudades y puertos, con sus fortificaciones, donde hicieran asiento, y se informaran de los términos de su provincia y gobernación, de los pueblos o lugares que contiene, y lo fértil o lo estéril de sus campos, como también de la inclinación, industria y habilidad de sus naturales, y la braveza o jovialidad de los indios irreductos, y facilidad o dificultad de su reducción<sup>21</sup>.

El viaje de Jorge Juan se convirtió en el medio más adecuado para la formación científica de los marinos españoles, al tiempo que atalaya de nuevos conocimientos americanos para el Gobierno español. Nunca hasta ahora una expedición científica había despertado tanto interés y atención por parte de la monarquía, que veía en estos viajes una de las maneras más instructivas de potenciar el progreso cultural del país. Botánicos, médicos, arquitectos, grabadores, cartógrafos y demás profesionales acompañaron a los expedicionarios, que señalaban que «recorremos el camino haciendo memorias instructivas, todo esto formará un cuerpo de obras curiosas y muy completas»<sup>22</sup>. De nuevo el binomio «instruirse para instruir» aparecía como argumento básico para justificar el viaje a aquellos reinos.

<sup>21</sup> LAFUENTE, Antonio y MAZUECOS, Antonio: *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*, Madrid, Serbal, 1987, p. 90.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 90.



El sentido de utilidad impregnó a aquella expedición desde el primer momento, acreditando trabajos tan importantes como los de la quina, el descubrimiento del caucho, el reconocimiento científico del Amazonas, el mapa de la Audiencia de Quito, la delimitación de las fronteras entre los dominios de España y Portugal, la elaboración del importante informe *Noticias secretas de América*<sup>23</sup>, etc. Un proyecto que se correspondía con la extraordinaria curiosidad intelectual de aquellos tiempos y que podemos ver en la magnífica *Relación histórica del viaje a la América meridional* (1748), acompañada de espléndidos grabados despleables en los que figuran parte de las mediciones allí realizadas<sup>24</sup>.

El viaje del marino alicantino marcó un nuevo tipo de relaciones entre el científico y el Estado. Bajo el amparo de la monarquía, la expedición había aportado jugosas noticias de la realidad política, administrativa y comercial de las colonias; información que el Gobierno español iba a utilizar en beneficio propio y en pro de la formación científica del país.

Una obra, la de Jorge Juan y Ulloa, que se convirtió en libro de cabecera de Juan Bautista Muñoz en su viaje imaginario por aquellas tierras americanas, que ahora debía narrar como si de un viaje real se tratara. Para ello contaba además de con la citada obra con el apoyo documental del libro del también marino Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* (1825-1829), que fue el resultado de sus iniciales trabajos sobre la figura de Cristóbal Colón, y para la que contó, como dice en el Prefacio, con la ayuda de los papeles dejados por Muñoz.

El valenciano completó la visión americana además de con los viajeros españoles con la visión más crítica de otros viajeros, como los ingleses. Entre éstos merece

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 91.

<sup>24</sup> DE BORDEJÉ Y MORENCOS, Fernando: «Cartografía y navegación españolas en el siglo XVIII», *Militaria. Revista de Cultura Militar*, n.º 3 (1991), pp. 37-52.

destacar las referencias del valenciano al historiador inglés, Richard Hakluyt, autor de una de las primeras compilaciones de viajes, *The principal navigations* (1589), que impulsó la búsqueda del paso del Noroeste, reclamando las posesiones inglesas en Norteamérica y el Ártico.

Uno de los libros de viajes ingleses más famosos es el del célebre bucanero William Dampier, cuya obra inspiró los viajes del capitán Cook, de Darwin, las narraciones de Swift, los *Viajes de Gulliver*, y el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. Su *New voyage* puede considerarse como el primer éxito editorial en materia de relaciones de viaje. Una obra que mezclaba dosis de aventuras de bucaneros, intereses mercantiles, hostilidades contra los españoles y descripciones geográficas en las que se incluyeron numerosos planos de las costas descubiertas en el Pacífico, en especial de Australia y Nueva Guinea.

De todas estas narraciones se benefició uno de los marinos ingleses más importantes del siglo XVIII, citado abundantemente por Muñoz, el almirante George Anson, autor de un viaje realizado en la década de los cuarenta, que tenía por objeto el hostigamiento de las posesiones españolas en el Mar del Sur. Un viaje repleto de penalidades que se convirtió en un mito en toda Europa, con más de noventa ediciones, traducidas a diversos idiomas. Resulta difícil entender que hasta el siglo XIX la obra no fuera traducida al español, más aún cuando el gran protagonista del viaje era el imperio colonial español, que no estaba dispuesto a publicar una obra que podía empañar la brillante historia oficial de los exploradores españoles<sup>25</sup>.

Explorador igualmente del Pacífico fue el comodoro británico John Byron (abuelo de Lord Byron), que dio la vuelta al mundo, y que aseguró haber visto gigantes en la región de la Patagonia.

#### 4. Instrucción y formación a través de los viajes: la recopilación de Hawkesworth

Este viaje, junto al de otros célebres viajeros, fue recogido en una de las mejores recopilaciones de viajes ingleses, en la que me detendré especialmente. Me estoy refiriendo a la realizada por John Hawkesworth<sup>26</sup>, que incluía las narraciones de Byron, Wallis, Carteret y Cook, incluyendo de este último la primera versión oficial de su viaje, que constituía la primera navegación realizada por un europeo de la costa este de Australia. Su autor, reconocido editor y biógrafo de las obras de Swift y colaborador de Samuel Johnson, recibió el encargo del Almirantazgo británico de narrar los viajes ingleses al Mar del Sur. Una empresa que el editor del *Gentleman's Magazine* convirtió en una fábula moral en la que el diálogo instruir/entretener funcionó a la perfección.

De esta manera, los mares del Sur fueron el escenario idóneo en el que Hawkesworth mostró al mismo tiempo las grandezas del imperio británico junto a las

<sup>25</sup> TORRES SANTO DOMINGO, Marta: «Un bestseller del siglo XVIII: el viaje de George Anson alrededor del mundo», *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. IX, n.º 531 (2004).

<sup>26</sup> Desconocemos la edición exacta que manejó Muñoz del escritor Hawkesworth, siendo la primera publicada en 1773, *An account of the voyages undertaken by the order of his present majesty for making discoveries in the Souther hemisphere, and successively performed by Commodore Byron, Captain Wallis, Captain Carteret, and Captain Cook*.

pasiones más desenfundadas. Temas que proporcionaron a su obra una calurosa acogida literaria, que explica las más de seis mil libras que recibió por el libro, y que demuestran el «interés público» por la literatura de viajes. Así, los lectores de París, Londres y Madrid se convirtieron con esta obra en «ciudadanos del mundo», en testigos virtuales de una realidad en la que el autor actuó de mediador entre el lector y el viajero.

En este sentido, y durante muchos años, y en lo que hace al primer viaje, «Hawkesworth fue Cook»<sup>27</sup>. Razón que explica que la circunnavegación del mundo, el tránsito de Venus y la búsqueda de la Tierra Austral quedaran ensombrecidas por el verdadero objeto, señalado por su autor, del comercio e intercambio inglés: el conocimiento sexual de aquellos pueblos. Una realidad que despertó la curiosidad del lector europeo, acostumbrado hasta ahora a descripciones excesivamente científicas y geográficas de aquellas regiones.

Fue precisamente esa mordacidad literaria la que generó un escándalo similar al de la cantidad pagada al autor, y que le llevaría finalmente a la sepultura. Pues nunca hasta ahora nadie había descrito con tanto detalle las costumbres y los ritos sexuales de los naturales de las islas de Tahití y los escarceos amorosos de los integrantes del viaje de Cook. Hechos que generaron una intensa reacción no sólo de algunos de los viajeros allí descritos<sup>28</sup>, y algunos posteriores, caso de Alexander Dalrymple<sup>29</sup>, sino de las instituciones eclesiásticas, que criticaron con dureza la posición del autor que negaba el papel de la providencia divina en la salvaguarda de las naves de Cook frente a las adversidades. Y por supuesto feroces ataques morales que arremetieron contra una obra que calificaron de reprobable en lo que a las costumbres de los naturales se refería, en una época en la que el papel de los «otros» generó un profundo y acalorado debate.

Instrucción y por supuesto polémica que explican que la obra se convirtiera en uno de los libros más populares del siglo XVIII. Como ejemplo, en la Biblioteca de Bristol los tres volúmenes de la obra de Hawkesworth se convirtieron en la obra más prestada entre 1773 y 1784, con un total de doscientos préstamos. Elemento que venía a indicar cómo la instrucción no estaba reñida con el entretenimiento, y cómo el editor inglés supo ganarse el fervor de unos lectores cada vez más ansiosos por conocer lo «diferente» como complemento a lo ya conocido.

La fama y escándalo que dio Hawkesworth a los descubrimientos ingleses, y en especial del capitán Cook, hicieron de su obra un negocio editorial. No así en España donde, como en otras ocasiones, los viajes de Cook gozaron de poco éxito<sup>30</sup>, con contadas excepciones como Muñoz, que utilizó su obra para argumentar su informe sobre la navegación en el Mar del Sur.

<sup>27</sup> PIMENTEL, Juan: «Los libros del mundo: las colecciones de viajes como género de la Ilustración», en *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 231.

<sup>28</sup> Algunas de estas críticas podemos leerlas en el capítulo «Dr. Hawkesworth at sea», en EDWARDS, Philip: *The story of the voyage. Sea-narratives in Eighteenth-century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 80-102.

<sup>29</sup> ABBOTT, John Lawrence: *John Hawkesworth. Eighteenth-century man of letters*, London, University of Wisconsin Press, 1982, pp. 157 y s. Dalrymple fue autor de algunos de los panfletos más duros contra la obra de Hawkesworth.

<sup>30</sup> TORRES SANTO DOMINGO, Marta: «Los viajes del capitán Cook en el siglo XVIII. Una revisión bibliográfica», *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VIII, n.º 441 (2003).

# RELATION DES VOYAGES

ENTREPRIS PAR ORDRE  
DE SA MAJESTÉ BRITANNIQUE;

Et successivement exécutés par le *Commodore*  
*BYRON*, le *Capitaine CARTERET*,  
le *Capitaine WALLIS* & le *Capitaine*  
*COOK*, dans les *Vaisseaux le DAUPHIN*,  
le *SWALLOW* & l'*ENDEAVOUR*;

TRADUITE DE L'ANGLAIS.

---

TOME PREMIER.

---



A PARIS,

Chez { *NYON*, l'ainé, rue du Jardinet.  
{ *MÉRIGOT*, le jeune, quai des Augustins

---

M. DCC. LXXXIX.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY

Informe que fue complementado con otros importantes relatos de viajeros europeos. Entre ellos los del navegante e ingeniero francés François Frezier, autor de una *Relation du Voyage de la mer du Sud* (1716), que formaba parte de una misión que tenía por objeto el reconocimiento de las colonias españolas en Perú, Chile, las Malvinas y Tierra del Fuego. A la importancia del viaje, se añadió la cuidada edición, con veintitrés mapas y planos realizados por el mismo Frezier, entre los que destacaron, además del importante y exacto de Tierra del Fuego y las Malvinas, el mapa general del viaje, la Bahía de San Vicente, Isla de Santa Catarina, Estrecho de Lemaire, Valdivia, Bahía de la Concepción, Penco, Valparaíso, Santiago, Coquimbo, La Serena, Copiapó, Arica, Ylo, Pisco, Callao, Lima, Bahía de Todos los Santos y Angra, entre otros.

Similares y detalladas descripciones nos narra el primer francés que dio la vuelta al mundo, Le Gentil de La Barbinais, que en su *Nouveau voyage au tour du Monde* (1728) nos

ofrece una detallada descripción de China, sus gentes y costumbres. Posterior a éste es el viaje del explorador francés Jean-Baptiste Charles Bouvet de Lozier, que exploró las zonas del Atlántico Sur, descritas por Binot Paulmier de Gonneville, y que descubrió la isla que llevaría su nombre, Isla Bouvet.

También por los mares del Sur circunnavegó el escritor francés Charles de Brosses, cuya obra sirvió de referencia al capitán Cook y al explorador Bougainville. Su *Histoire des navigations* (1756) recoge el análisis histórico de las grandes navegaciones, así como el planteamiento de diversos proyectos de colonización que permitirían a Francia un mayor desarrollo estratégico y económico sobre la región.

Con este mismo fin se lanzó Bougainville a iniciar un viaje por los Mares del Sur, dispuesto a llevar a cabo uno de los primeros periplos franceses alrededor del mundo. La importancia de la misión y la calidad de sus observaciones fueron acompañadas del enorme éxito de su edición. No en vano, el *Voyage autour du monde* (1771) fue comentado en todo París, y sirvió de referente intelectual de personajes como Diderot, que firmó su *Supplément* al viaje. En él, el enciclopedista, dentro de la tradición de la utopía y del viaje imaginario, hizo uso de las narraciones de Bougainville para retomar el tema de la colonización europea y sus nefastas consecuencias<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> ROIG MORRAS, Carmen: «El viaje de Bougainville y los comentarios de Diderot», *Revista de Filología Francesa*, 3 (1993).

De entre los viajeros norteamericanos, Muñoz utilizó la narración de uno de los viajes de comercio de esclavos más importantes, el realizado por el capitán Joseph Hawkins, quien a bordo del *Charleston* viajó en 1794 a las costas de África, haciéndose con un botín de más de quinientos esclavos.

A la selecta nómina de viajeros españoles, ingleses y franceses, Muñoz añadió los libros de viajes holandeses. El primero de ellos, que reúne los cinco viajes holandeses más conocidos, es la obra del pirata Olivier van Noort, que, tras Magallanes y Drake, completó la tercera circunnavegación al globo, siendo el primer europeo en navegar el Cabo de Hornos. Bajo el subtítulo de *voyage pénible*, el holandés narra los crueles enfrentamientos con los barcos españoles, en liza por los mismos territorios del Pacífico.

Unos años más tarde, y por aquellos mismos mares, navegó el comerciante holandés Jacob Le Maire, autor de un *Voyage*, publicado en Londres en 1625, en el que se narra la expedición para explorar el continente austral, buscando un paso al sur del Estrecho de Magallanes que uniera los océanos Pacífico y Atlántico, y que permitió el descubrimiento del Cabo de Hornos, el estrecho que lleva su nombre, así como diversas islas, hasta llegar a Yakarta, antigua Batavia.

Todos estos libros de viajes y algunos más fueron adquiridos, leídos y abundantemente citados por ilustrados como Cavanilles y Juan Bautista Muñoz. De hecho, y como hemos visto, parte de su formación intelectual procedió de la literatura de viajes. Una instrucción que no quedó reducida al estricto marco individual, sino que fue más allá, difundiéndose y sirviendo como fuente de información y formación de una destacada nómina de intelectuales españoles. Sólo bajo esta premisa, de instruirse para instruir, se explica la abundancia de libros de viajes que circularon por la España del siglo XVIII con el objeto de convertir a los lectores en testigos virtuales de territorios, costumbres y culturas aún poco conocidas.